

estudios

Educación musical y cultura general(*)

La vastedad del tema me obliga a renunciar a un examen más o menos exhaustivo de las múltiples relaciones que existen entre la música y la cultura, y su reflejo en la educación musical, su contenido y orientación, por lo que me limitaré a considerar sólo algunos aspectos parciales del mismo.

Algunos de los más prestigiosos sociólogos y psicólogos han coincidido en demostrar que la humanidad se encuentra actualmente ante una alternativa de significado fundamental: ¿prevalecerá en el futuro un tipo de ser humano, algo así como un hombre-masa, manejado por poderes que no conoce ni controla, cuyo valor para la sociedad depende de su función en el proceso productivo, perfectamente sustituible; cuyas mayores virtudes serían la capacidad de adaptación, de conformismo, y quien, por otra parte, sería el consumidor de gustos y preferencias estandarizados?... O bien, ¿será posible salvar para las futuras generaciones la imagen del individuo como personalidad inconfundible, según la definición de Erich Kahler?: "individualidad no quiere decir intereses personales, sino una manera íntima, personal, de pensar y sentir, que impregna la existencia entera de una persona..." El problema de referencia ha sido extensamente tratado, entre otros, por Fromm, Riesman, Kahler, Gehlen y Hutchins.

Estos dos tipos humanos son, en parte, resultado de dos distintas modalidades de educación: una, que procura suministrar a la sociedad el tipo deseado, paciente, dócil, disciplinado, poseedor de ciertas informaciones y conocimientos prácticos, habilidades y costumbres que le ayudan a cumplir con su función dentro de una sociedad de tipo colectivista; la otra tiene como finalidad la formación de la personalidad: es una educación que atañe a la totalidad del ser, que

(*) Inmediatamente después de la II Asamblea General del Consejo Interamericano de Música se reunió la Conferencia de Especialistas de Educación Musical, del 13 al 17 de diciembre de 1960, en la Universidad Interamericana en San Germán (Puerto Rico). Participaron delegados de la Argentina, Brasil, Canadá, Colombia, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Panamá, Perú y Puerto Rico. La Conferencia estudió la posible solución de algunos problemas que afectan la educación musical y aprobó recomendaciones basadas en resoluciones adoptadas por la III Reunión del Consejo Interamericano Cultural y la I Asamblea General del Consejo Interamericano de Música. Las recomendaciones de la Conferencia formarán parte de la Agenda del Congreso Interamericano de Educación Musical que se celebrará en Santiago de Chile en 1962.

La REVISTA DE EDUCACIÓN, representada en la Conferencia, considera interesante para los educadores españoles los criterios de dos ponencias presentadas en San Germán: "La educación musical como complemento indispensable de la cultura general", del argentino Ernesto Epstein, y "La música como factor de cohesión social", del colombiano Andrés Pardo Tovar.

no persigue un fin utilitario, sino que se basa en la convicción de que el desarrollo armonioso y completo del individuo es la mejor garantía para su bienestar y el de la sociedad (ver Hutchins, "Universidad de Utopía").

Ahora bien, ¿cuál sería el destino de la música en cada uno de los dos tipos de civilización? Es lícito esperar que en la primera se impondría una música "a medida" del consumidor; música funcional, no sólo en el sentido estrecho de la palabra —como aquella que sirve para promover un mayor rendimiento de empleados, trabajadores y hasta de vacas lecheras—, sino en cuanto se trataría de una música destinada a satisfacer necesidades de una humanidad masificada, música de efectos precalculados, de acuerdo a un supuesto gusto de la mayoría, tal como ya es difundida por multitud de radiorreceptores, aparatos de televisión y otros medios técnicos al servicio de intereses comerciales o de ciertas tendencias político-sociales. En el mejor de los casos, esta música divierte, distrae (en lugar de concentrar); sirve para descanso del sistema nervioso, cumpliendo funciones de higiene mental como podría hacerlo una película agradable o un baño tibio.

Necesariamente, tal música renuncia a la esencia misma del arte, a su capacidad de trascender la realidad, de alcanzar el reino de los valores absolutos. El verdadero arte se origina en el conocimiento metafísico del artista, del individuo que gracias a una disposición excepcional, concreta una visión del mundo a través del verbo, del color o del sonido, dando expresión a los anhelos más íntimos, a las posibilidades más excelsas de la humanidad; y al comunicar su mensaje al destinatario —el público— aporta al enriquecimiento metafísico del mismo. Esta música no está hecha para distraer ni para divertir; para asimilarla, exige que se pongan en juego las más altas cualidades del intelecto y de la sensibilidad del individuo.

La elección del tipo de cultura anhelada impone el tipo respectivo de educación, como también decide sobre el tipo de música hacia el cual ha de orientarse la actividad creadora, la enseñanza y la organización de la vida musical en general, dentro de la comunidad.

Podemos preguntar ahora si la educación musical ocupa un lugar tan importante dentro del panorama total de la cultura. El papel comparativamente secundario y limitado que se le asigna en los planes de enseñanza de escuelas y colegios, ¿no demuestra que se trata sólo de una materia de incidencia más bien superficial en el proceso de formación del individuo, siendo el arte musical en última instancia accesible sólo a una minoría que presente a su vez una disposición particular hacia él?

No me expresaría así si no estuviera profundamente convencido del enorme valor y significado de la música, de sus cualidades pedagógicas y, por consiguiente, de su proyección cultural. Para hacer esta afirmación no hay que basarse tanto en los síntomas exteriores, muy elocuentes, pues a nadie escapará la extraordinaria importancia que ha adquirido la

música en los últimos tiempos, convirtiéndose en fenómeno social de extraordinaria magnitud. Los modernos medios de difusión, prácticamente ilimitados, la hacen llegar, en sus más diversas manifestaciones, a la mayor parte de la población. Habría que preguntarse, sin embargo, si esta difusión indiscriminada no involucra serios peligros, pues en la misma medida en que crece el factor *cantidad* se nota una pérdida de la sustancia, es decir, en la calidad. Pero volvamos a nuestro tema. Resulta innecesario enumerar aquí las extraordinarias virtudes pedagógicas de la música que, si las autoridades pertinentes se pusieran a reflexionar seriamente sobre el tema, le asegurarían por sí solas un lugar privilegiado en las distintas etapas y esferas del proceso educacional. Entre esas virtudes que inciden en la formación estética, intelectual, moral, en el comportamiento social, etc., sólo deseo destacar una propiedad que me parece de la mayor importancia: me refiero a la cualidad de la música de promover las fuerzas imaginativas en el ser humano.

¿Es realmente necesario insistir en destacar de qué manera sustancial la imaginación forma parte de la personalidad? Al definir al hombre en la sociedad masificada, Mumford nombra como una de sus características esenciales su incapacidad de elegir y realizar actividades espontáneas. En efecto, la técnica moderna va anulando, en forma inquietante, la necesidad y con ella la capacidad del hombre de inventar, de usar sus fuerzas creadoras para resolver los problemas de su existencia, eliminando la intervención de la imaginación y causando de esta suerte un daño irreparable en su individualidad. En la vida infantil como en la de los adultos los productos de una fabricación en masa se imponen cada vez más. Historietas y cine, televisión y radio, proveen elementos de un consumo sin discriminación, aderezados para ser asimilados sin esfuerzo y sin participación activa del individuo, que se convierte en mero consumidor, atrofiándose así las mejores capacidades de su potencia creadora.

Estos productos no poseen la sustancia imprescindible para favorecer la evolución del niño hacia la verdadera personalidad. Para realizarla, la imaginación es un elemento insustituible que, claro está, nada tiene que hacer en una sociedad completamente colectivizada y despersonalizada. En un mundo donde la personalidad conserve su valor y sea meta, base y finalidad de la cultura, la vida se presentará siempre como un constante desafío que obligará al individuo a *valorizar*, actitud y actividad que inciden de modo terminante en las decisiones vitales. Porque continuamente nos vemos ante la alternativa de elegir entre dos o más posibilidades, siempre que no hayamos entregado este privilegio —que es al mismo tiempo obligación— a algún poder anónimo que nos exima de toda decisión personal. Elegimos los amigos y el esposo; la profesión y los pasatiempos; las convicciones religiosas y políticas. Sólo la imaginación puede guiarnos en tales trances. Si no somos capaces de imaginarnos "cómo deberían ser las cosas", cómo debe ser un buen gobierno, cómo ha de ser la persona que elegiremos para compañera de toda la vida, la profesión que permitirá desplegar

nuestras mejores cualidades: si la imaginación no presenta los modelos, nuestra elección no responderá a nuestras verdaderas necesidades personales, sino que será dirigida por las convenciones sociales, por el juicio ajeno, por la propaganda comercial o política, y así seremos fácil presa de los demagogos y dictadores que nos eximen de pensar, decidir y elegir.

El desarrollo de la imaginación es, entonces, una condición *sine qua non* para lograr una verdadera sociedad sana y el verdadero bienestar personal. Toda educación por y hacia el arte pone en juego y fomenta estas fuerzas y capacidades, y es por ello que reconocemos y reclamamos para la música un lugar tan importante dentro del panorama de la cultura.

Decíamos al principio que nuestra exposición no podría ser más que el planteo de algunas ideas parciales dentro del complejo del tema total que nos ha sido confiado. Pasemos, pues, a otro interrogante, en estrecha relación con los problemas recién ventilados.

Tenemos que aclarar ante todo qué es lo que entendemos por esa cultura musical cuya realización consideramos tan importante para el logro de una auténtica cultura, en general. Ella no ha de ser confundida con cierta erudición musical; tampoco se identifica ni mide por la cantidad de conciertos realizados en una temporada y el número de personas que acudieron a ellos; ni por el índice de venta de discos o la proporción de la llamada música culta en los programas radiales. La verdadera cultura musical de una comunidad depende de la cantidad de individuos que han incorporado la música a su existencia de una manera significativa y productiva, convirtiéndola en función de su vida. Permítanme una comparación. Los centenares de miles de personas que en todas partes del mundo acuden semanalmente a los estadios, canchas y pistas de carreras, no *participan* en las actividades deportivas. Son meros espectadores de una función que está a cargo de un número muy reducido de "actores", en su mayor parte profesionales, que se han especializado en determinada disciplina, desarrollando en ello un alto grado de habilidad, que presta a estos espectáculos una nota de sensacionalismo. La verdadera cultura deportiva de un pueblo, sin embargo, está lograda solamente cuando un gran sector del mismo se dedica a ejercitarse físicamente, sin interés material ni afán de records espectaculares, con la única finalidad de acrecentar su salud física y gozar de los beneficios de un sano esparcimiento; en una palabra: cuando el deporte se convierte —dentro de su esfera— en función de la vida.

En nuestra vida musical, desgraciadamente, existe una profunda separación entre el artista profesional y la masa anónima y pasiva del público que asiste a los conciertos y cuyo número se multiplica aún varias veces por los medios técnicos de difusión. Estamos convencidos que el ser humano tiene acceso a los valores culturales sólo en la medida de su esfuerzo personal, y cuanto más sostenido, intenso y bien orientado sea éste, tanto mayor será el aprovechamiento de esos valores y con ello el enriquecimiento de la personalidad.

Ahora bien, junto a esa cultura musical —llamé-

mosla de erudición o "urbana"— existe otra, antaño muy difundida e importante, limitada hoy día a ciertas regiones que se reducen cada vez más por el incontenible avance de la civilización técnica. Los tiempos antiguos nos ofrecen múltiples ejemplos de una cultura musical del pueblo, en que la música era función de la vida tanto del individuo como de la comunidad, en la que no existía una barrera infranqueable entre creador, intérprete y oyente. La situación más problemática al respecto se presenta en la actualidad, no tanto en las grandes urbes que poseen una organización musical intensa, coherente y hasta cierto punto equilibrada; ni tampoco en aquellos distritos donde el folklore posee aún —¡quién sabe por cuánto tiempo!— su plena vigencia... sino en los centros poblados más o menos grandes, de las provincias, donde no se ha llegado aún a una cultura musical "urbana" bien organizada en sus distintos aspectos, y donde por otra parte no existe ya una verdadera tradición musical popular y que ha sido reemplazada a menudo por los dudosos productos de una música comercializada del tipo música de consumo. Nada más deprimente que escuchar —me refiero a experiencias personales— en la imponente soledad de la quebrada de Humahuaca, en el extremo norte de nuestro país, región de tradición musical muy característica, una música anodina de grabaciones comerciales del más bajo nivel artístico, difundida por una red de altoparlantes colocadas en la plaza principal del pintoresco pueblo.

Ciertamente es inútil querer detener la marcha de la evolución. Para bien o para mal, el progreso de la técnica y de la ciencia; la acumulación de seres humanos en núcleos urbanos cada día más populosos, en todas partes imprimirá a las generaciones futuras una particular modalidad de civilización. Incumbe a la educación procurar que la transición de un tipo de cultura a otro se produzca sin dañar demasiado la sustancia cultural de la comunidad. No se podrán conservar por mucho tiempo esas costumbres y expresiones artísticas tradicionales. El solo hecho de que en la actualidad los investigadores se dediquen a recopilarlas y publicarlas es síntoma inconfundible de que están condenadas a desaparecer como práctica viva. Recuerdo aún la observación pesimista de un profesor quien, en el Congreso de la Sociedad Internacional de Educación Musical en Copenhague, se refería a los esfuerzos realizados desde tiempo atrás en Alemania por conservar y resucitar las antiguas danzas y canciones folklóricas. Comentaba cómo en ocasión de unas jornadas realizadas en un antiguo castillo, jóvenes maestros y estudiantes, venidos de todas partes del país, practicaban con entusiasmo estas expresiones del arte popular mientras que abajo, en el pueblo, los campesinos estaban reunidos en la taberna delante de la pantalla de televisión.

En todo esto hay un problema de extraordinaria envergadura; problema que nuestra sociedad tendrá que resolver con los medios a su alcance y sobre la base del actual estado de cosas, si pretende sobrevivir como comunidad verdadera y no convertirse en un ente colectivo mecanizado. Este problema ha sido planteado por Erich Fromm con la clarividencia y

fuerza convincente que caracteriza todas las obras de este autor. Citemos algunos párrafos de su libro "Sicoanálisis de la sociedad contemporánea": "Para sentirse a gusto en el mundo, el hombre debe percibirlo no sólo con la cabeza, sino con todos sus sentidos, sus ojos y oídos, con todo su cuerpo... cuando expresa su percepción del mundo por medio de los sentidos, crea arte y rito, crea la canción, la danza, el drama, la pintura"... Hablando más adelante del arte colectivo o ritual, en contraste con este tipo de arte que hemos llamado "erudito" o "urbano", Fromm comenta que "El arte colectivo es un arte compartido, permite al hombre identificarse con los demás de un modo significativo... No es una ocupación individual de "ratos libres" añadida a la vida, sino parte integrante de la misma. Corresponde a una necesidad humana fundamental, y si esa necesidad no es satisfecha, el hombre se siente inseguro y angustiado... ¿De qué sirve no tener analfabetos, tener la educación superior más amplia que haya existido jamás, si carecemos de una expresión colectiva de la totalidad de nuestras personalidades y de un arte y ritual comunes? Indudablemente, una aldea relativamente primitiva en donde todavía hay verdaderas fiestas y expresiones artísticas comunes y compartidas, y en donde nadie sabe leer, está culturalmente más adelantada y mentalmente más sana que nuestra cultura de la enseñanza pública, de lectura de periódicos y de escuchar radio. Así que si deseamos la realización de una sociedad sana, debemos reconocer que la necesidad de crear un arte y ritual colectivos es por lo menos tan importante como la de eliminar el analfabetismo y promover la enseñanza superior. La posibilidad de llegar a una sociedad comunitaria depende de que se cree de nuevo la oportunidad para las gentes de estar juntos, danzar y admirar juntos; todos juntos, en experiencia compartida, y no como miembros o integrantes de una muchedumbre "solitaria" —para decirlo con el término usado por Riesman.

En sus diversas manifestaciones, el folklore es tal arte compartido o colectivo, pero que en su mayor parte —por más que lo lamentemos— pertenece ya a una etapa pasada de la historia de la humanidad. Lo que importa es que no quede sin herederos, sin continuadores dentro de las características de la sociedad moderna, proporcionándose a la comunidad una expresión valedera y auténtica que alcance a cada una de las personalidades, individualmente, y al mismo tiempo a la totalidad del grupo, tal como lo hiciera en otros tiempos el arte religioso, el canto gregoriano, una misa de Palestrina o una cantata de Bach. No es difícil entrever el papel que corresponde a la música y por ende a la educación musical en la persecución de estos objetivos. No hablamos sólo de la enseñanza musical en las escuelas, colegios e institutos especializados, aunque las bases para tal arte colectivo y compartido se echarán necesariamente en el hogar, en los jardines de infantes y la escuela primaria. Pero esta educación musical que se proyecta en la cultura de una sociedad mentalmente sana, comprende también otras edades y capas de la población, orientando de modo específico la vida musical en todos sus aspectos. En este sentido creemos que

acá y allá se perciben ya síntomas de una evolución interesante que revela una auténtica necesidad por llegar a tales experiencias compartidas en el terreno de la música. Como ejemplo y para terminar, quiero referirme brevemente a ciertos fenómenos positivos y alentadores que hemos observado últimamente.

Como cualquier otro país, la Argentina poseía, y posee, un rico tesoro de arte folklórico, arte colectivo por definición, aunque —y esto merece ser notado— en ese país la música y la danza tradicional es esencialmente individual o de pareja. Sin embargo, cuántas veces hemos oído la afirmación pesimista de que el pueblo argentino, como tal, no sabe cantar. Efectivamente, el repertorio de rondas y canciones infantiles no es muy vasto; más aún, cada maestro de escuela o profesor de piano se encuentra con que los niños, sobre todo en las ciudades, recuerdan muy pocas y a veces ninguna melodía infantil tradicional, elemento tan importante como base de la educación musical posterior. Coincide con ello el hecho de que hasta hace muy poco el canto coral fuera una actividad escasamente difundida en nuestro ambiente. No es éste el lugar para investigar las causas profundas de este fenómeno, entre las que intervienen sin duda idiosincrasias raciales, las grandes distancias y el tipo de vida rural que mantenía aisladas a las gentes unas de otras. Ahora bien, creemos que tales rasgos no son inalterables, que las transformaciones de las condiciones de la estructura social y económica traen consigo profundos cambios también en las actividades espirituales y artísticas.

La música como factor de cohesión social

Entre los problemas de estética sociológica, y a propósito de las teorías románticas sobre el progreso indefinido y unitario de la cultura, se ha planteado —a manera de premisa conceptual— el de comunicabilidad esencial del arte. ¿Es de la esencia del arte ser una actividad no sólo valiosa *per se*, sino comunicable?

Para Tolstói, el arte debe ser, ante todo, un medio de comunicación entre los hombres, que no simplemente un medio de expresión. Ahora bien: de todas las artes, aquellas que se basan en el ritmo de la palabra, en el ritmo del movimiento y en la organización armónica y ritmo-dinámica de los sonidos, han sido consideradas no sólo como ese "lenguaje internacional" de que nos habla Daniel Gregory Mason, sino como un sistema de comunicación entre las distintas razas, las distintas comunidades y las diferentes clases sociales, consideradas en el doble plano del acontecer humano: el temporal o histórico y el espacial o geográfico.

ORIGEN Y CONTENIDO DEL ARTE.

Investigadores, historiadores y especialistas en etnosociología coinciden en señalar un origen colectivo

La necesidad de llegar desde un individualismo acentuado —que ya demostró ser incapaz de asegurar el bienestar material y espiritual— a otro tipo de vida, basada en la solidaridad humana, hace surgir el deseo, aun quizá inconsciente, por concretar ritos y expresiones compartidas. En medida asombrosa —y lamento no disponer de datos exactos al respecto— se han multiplicado en los últimos años en nuestro país las asociaciones y agrupaciones de canto coral. En algunos casos el primer paso ha sido dado por los numerosos campamentos que anualmente reúnen a muchos estudiantes y escolares en lugares muy apartados de los centros urbanos. Es lo más natural, y hasta diría ineludible, que estos jóvenes, dedicados en este período a un tipo de vida comunitaria que les impone cierta adaptación sin mengua de la personalidad, sienta espontáneamente la necesidad de dar expresión a sus experiencias compartidas, a través del canto común.

Se destaca con toda claridad el papel de la música y la orientación que debe darse a la educación musical para que pueda realizar un aporte significativo a la cultura: la creación de experiencias compartidas, productivas, nobles, que en lugar de hundir al individuo en el anonimato de una masa solitaria, le ayuden a desarrollar sus mejores cualidades, camino más eficaz para asegurar, casi como consecuencia directa y necesaria, el bienestar de la sociedad en su totalidad.

ERNESTO EPSTEIN.

a todas las artes. La música, por ejemplo, comienza siendo la expresión de sentimientos socializados, al igual que la poesía épica, y sólo en estadios culturales muy avanzados se convierte en expresión de estados de conciencia individuales, tal como la poesía lírica. Es decir, en índice y producto de la actividad creadora del individuo. Sólo que esta irreductible subjetividad suscita determinados sentimientos y estados síquicos compartidos por núcleos humanos más o menos numerosos, colectivos, por lo tanto, e incluso previsibles y analizables desde un punto de vista sociológico.

Este, a grandes rasgos, el proceso a virtud del cual lo que es esencialmente individual y subjetivo en su origen puede convertirse, y de hecho se convierte, en patrimonio social, en acervo colectivo, en herencia que todos pueden compartir y disfrutar.

En todo caso, el hombre —cualquiera que sea o haya sido su nivel cultural— ha recurrido siempre a la música como al medio más poderoso para vincularse a sus semejantes. De aquí que toda disciplina religiosa o política sistematizada, en etapas históricas caracterizadas por un vigoroso sentido de solidaridad gremial o social, haya tenido su propio ritual, en el que la música ha desempeñado un papel básico. Bastaría con recordar, al respecto, los cultos de Apolo y de Dionisos en la antigua Grecia, o la historia del canto llano, que evoluciona siguiendo exactamente el perfil de la mística y de la dogmática del cristianismo.